

Los cómicos y la política

Dominio público

ANTONI
GUTIÉRREZ-RUBÍ

Asesor de Comunicación

Algunas situaciones de la política formal dan risa, pero lo cierto es que no hacen ninguna gracia cuando se piensa detenidamente en la gravedad y la relevancia de los temas a los que deben enfrentarse nuestros representantes. La hilaridad que nos producen determinadas declaraciones o actuaciones de la política convencional es una reacción que, al madurarla, nos lleva a la indiferencia, a la compasión o al enojo profundo. Una mezcla de vergüenza (ajena) e incredulidad nos envuelve y contribuye al clima de desencanto, hastío y cansancio creciente hacia la política formal.

Incluso, a veces, nos molestan sus risas: “¿De qué se ríen?”, nos preguntamos, exigentes, reclamando en su contención emocional una prueba de mayor compromiso o seriedad en su responsabilidad. No hay nada peor para un político que una risa fuera de lugar. Muchos ciudadanos pueden pensar, equivocada o legítimamente, que se están riendo de ellos.

Desde esta perspectiva, se comprende la mayor receptividad pública ante nuevas propuestas –provocativas, irreverentes, imaginativas– que surgen de la mano de *nuevos* políticos, que aportan puntos de vista distintos y soluciones a los problemas con un marcado estilo personal. Actores, cómicos, presentadores... en definitiva, personajes famosos que, aprovechando su popularidad mediática, se atreven a dar el salto al ruedo político con más o menos fortuna pero, en ningún caso, sin pasar inadvertidos. El espectáculo está servido, y la ciudadanía parece querer mandar un claro mensaje a la clase política: seguro que los cómicos no lo harán peor que muchos de ellos y puestos a rebelarse, mejor con una sonrisa. Son muchos los que sienten un placer oculto y mal disimulado ante la posibilidad de reírse abiertamente de la política –y de los políticos– con propuestas transgresoras. Es una manera clara de decir: ¡basta ya!

El cómico francés Colouche abrió el camino y, con su cara pintada de payaso, se presentó a las elecciones presidenciales en 1981, con una provocativa campaña: “¡Qué suerte tienen los pobres de vivir en un país tan rico!”. En España, años más tarde, la presentadora de televisión Eva Hache, coincidiendo con el lanzamiento de su nueva temporada en antena en 2007, anunció a bombo y platillo su intención de presentarse a las elecciones generales con el objetivo de desembarcar “a lo bestia” en la vida política española. Su estrategia



CÉSAR VIGNAU

Muchos sienten un placer oculto ante la posibilidad de reírse de la política con propuestas transgresoras

El humor irreverente, la crítica ácida, la sátira mordaz... han estado siempre vinculados a la política y a los políticos

–televisiva y mediática– introdujo un nuevo elemento de reflexión política. Hache mostró un fondo de provocación irreverente e irónico en el reto planteado que conectó muy bien con el desencanto existente y dejó en evidencia la necesidad de remover, agitar y subvertir los escenarios previsibles dentro de la política española. La diversión sirvió de gancho a la audiencia, pero no fue un salto al vacío. Hay un caldo que empieza a hervir.

En Estados Unidos, ese mismo año, el cómico Stephen Colbert anunciaba su intención de emprender la carrera a la Casa Blanca poniendo nervioso a más de uno. Su personaje televisivo parodiaba con inteligencia a los conservadores más rancios y extremistas. Jugó al ver sus expectativas (que rozaron el 13%), pero finalmente de-

sistió después de lograr una cierta notoriedad. Quien sí lo ha conseguido ha sido otro cómico, el senador Al Franken, que se hacía con el escaño decisivo que da la mayoría absoluta a los demócratas en el Senado, a finales del pasado mes de junio, tras varios meses de batallas legales.

En Italia, hoy, el humorista Beppe Grillo es un adversario mediático a temer y a considerar, ya que, con sus iniciativas provocadoras, algunas directamente en contra de los políticos, zarandea a toda la clase política y se convierte en todo un fenómeno en la Red, que gana cada día más seguidores. Una auténtica pesadilla para la política establecida. A los que le censuran la crítica mofa, les responde orgulloso que más risa (o pena) dan algunos de los políticos que tenemos. Y no le falta razón, lamentablemente. Recientemente, anunciaba su intención de afiliarse al Partido Demócrata (PD) e inscribirse en las elecciones primarias de la formación resultante de la fusión entre los poscomunistas de Demócratas de Izquierda y los centristas de La Margarita.

Herederos de la tradición bufa de Dario Fo (dramaturgo y Premio Nobel de Literatura, que afirma que “el teatro tiene que provocar al espectador. Es, también, política. Es la conciencia política del ser.”), Grillo quiere ofrecer “una alternativa a la nada”. Ambos pretenden saltar del escenario al hemiciclo. Y ya son muchos los que les aplauden con un sonrisa.

Si les parece de guasa, piensen en Berlusconi. El mismo que censuró el trabajo para la televisión estatal italiana de la conocida cómica Sabina Guzzanti, autora también del documental *¡Viva Zapatero!*. Tras la primera emisión de dicho programa, este desapareció de la programación por “su vulgaridad” y por “insultar al Gobierno”. Guzzanti ha sido comparada en varias ocasiones con el director Michael Moore y se ha convertido en un claro ejemplo de que en Italia las críticas, a pesar del humor, se pagan, y caro.

El humor irreverente, la crítica ácida, la sátira mordaz... han estado siempre vinculados a la política y a los políticos. Estos han sido fuente de inspiración al conectar con un sentimiento de desprecio y despecho en el que se refugian muchos ciudadanos descontentos o ignorados.

La novedad radica cuando los cómicos cambian de escenario y ven en la política una nueva oportunidad de comunicación, con nuevos registros y contenidos transgresores. Muchos espectadores, en su condición de electores, creen que la única revolución posible es la de los cómicos. Algo se mueve en el escenario y la platea empieza a dar sentido a la orwelliana *Rebelión en la granja*.

PARTICIPA EN:

blogs.publico.es/dominiopublico

Nuevas leyendas urbanas

ISAAC
ROSA



Como si fuera tan fácil espiarnos

En el catálogo de leyendas urbanas contemporáneas hay muchas que se refieren a nuevas técnicas policiales de vigilancia y control. Son mis favoritas, pura ciencia ficción sobre maléficis servicios de seguridad (la CIA, el Mossad, ya saben) ocupados en desarrollar tecnologías capaces de seguirnos, controlarnos, espiar nuestras conversaciones, etc.

Hace unos años, por ejemplo, se hablaba mucho de la red Echelon, descrita por los conspiranoides como una red de espionaje planetario capaz de interceptar todo tipo de comunicaciones. Ya ven, pura paranoia orwelliana. Es poco creíble que haya gobiernos capaces de algo así, y menos el norteamericano, ¿verdad?

Los rumores más recientes son igualmente increíbles. Por ejemplo, hay quien dice que ya es posible tenernos localizados al instante, de manera que podrían seguir nuestros pasos fácilmente. Ya ven qué chorrada. ¿Y con qué iban a controlarnos? ¿Con el móvil acaso? Sí, claro, no me hagan reír. ¿Y por qué no con el GPS del coche, ya puestos?

Otro rumor dice que Internet permite captar todo tipo de información personal, que cuando navegamos dejamos rastros de todo lo que hacemos, como si rellenásemos una ficha con nuestros gustos, intereses, ideología, rarezas y vicios inconfesables. Tampoco me lo creo. Es más, lo he buscado en Google y no hay nada sobre el tema.

Una última teoría conspiranoides, de esas que pintan un cercano futuro totalitario, habla de la instalación de cámaras de videovigilancia en las ciudades, de manera que todo lo que ocurra en las calles quede registrado. Tampoco me lo creo. Nadie podría instalar esas cámaras sin que le pillasen, ya que lo grabaría alguna de las cámaras de seguridad que hay en las calles.

Ya digo, leyendas urbanas sin ningún fundamento.

PARTICIPA EN:

blogs.publico.es/nuevasleyendasurbanas